

## **MIÉRCOLES DE CENIZA**

**1ª lectura** (Joel 2, 12-18): *Ten compasión de tu pueblo, Señor.*

**Salmo** (50, 3-6b.12-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

**2ª lectura** (2ª Corintios 5, 20 – 6, 2): *En el tiempo favorable te escuché.*

**Evangelio** (Mateo 6, 1-6.16-18): *Que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.*

Con este tiempo de Cuaresma la Iglesia quiere recordarnos que el favor de Dios, su misericordia, nos brinda una nueva ocasión para purificar nuestra vida, prestando atención a las decisiones que tomamos en nuestro corazón. Hemos adquirido tanta confianza en nuestras propias posibilidades, nos sentimos tan seguros y firmes en nuestras decisiones, que consideramos que son siempre conformes a lo que Dios espera de nosotros.

Pero apenas percibimos que nos vamos alejando de Dios, cada vez que nos sentimos satisfechos de nuestro propio criterio, lo que la Cuaresma nos recuerda es que hemos de hacer una auténtica reconversión de nuestro razonamiento aprovechando el tiempo de gracia, el tiempo favorable para acercar más nuestro corazón a Dios. No sirve hacer valer nuestros méritos delante de Dios; nadie mejor que Él será nuestro valedor: *«¡Dichoso el hombre a quien el Señor no le imputa su delito!»* (Salmo 31, 2), pues incluso cuando nuestros delitos nos abrumen Él no los apunta, no los imputa, nos ofrece una nueva ocasión para convertir nuestro corazón y cambiar de conducta.

Sería engañarnos a nosotros mismo si pensáramos que Dios no se entera de nuestros pecados; lo que ocurre es que Él quiere librarnos de ellos, no quiere hundirnos en nuestra confusión y bochorno; no quiere que vivamos engañados, víctimas de nuestro corazón y de nuestras falacias. Dios nos brinda una nueva oportunidad para que no sucumbamos ante nuestros delitos y por eso, en este tiempo de gracia, escucha nuestra confesión y nos concede su perdón.

El tiempo de Cuaresma es una buena ocasión para confesar nuestros pecados, aclarar nuestra conciencia, convertir nuestro corazón haciéndole retornar de aquellas aspiraciones y deseos que se van alejando inconscientemente del designio de Dios. El apóstol san Juan nos invita a aprovechar esta ocasión espléndida cuando escribe: *«Si afirmamos no tener pecado, nos estamos engañando nosotros mismos y, la verdad no la llevamos dentro. Si confesamos nuestros pecados, Dios que es fiel y justo cancela nuestras culpas y nos limpia de toda culpa e injusticia»* (1ª Juan 1, 8-9).

Dios nos hace sentir la alegría del perdón, Él llena nuestro corazón de decisiones acertadas, de respuestas que satisfacen lo más íntimo de nuestro ser, allí donde el Espíritu anima nuestras aspiraciones. Es en esta acción de benevolencia divina donde nuestro corazón siente una transformación total y gozosa; siente la atracción del bien, libre del engaño, y palpita con mayor holgura.

Es necesario prestar atención a las primeras palabras de Jesús en este evangelio. Dice el Señor que tengamos cuidado con el modo en que practicamos nuestra justicia. Los judíos que escuchaban a Jesús entendían esta *“práctica de la justicia”* como el conjunto de actos que podían hacer al hombre merecedor de la salvación. La Ley del Sinaí, transmitida a través de Moisés, ya prescribía la protección a la viuda, al huérfano, al extranjero. Los antiguos también sabían de misericordia.

Hoy Jesús les recalca que esa *“justicia”* debe ser siempre discreta, sencilla, sin aspavientos. Todo lo contrario a la ostentación es lo que el Señor nos pide en este día. Lo contrario de la autenticidad es la hipocresía, por tres veces Jesús repite que cuando hagamos *«obras buenas»* lo hagamos con discreción. No se trata por tanto de qué es lo que tenemos que hacer para iniciar esta Cuaresma, sino el cómo. Podríamos poner excusas: que si el ayuno es algo pasado de moda, que si ya rezo todos los días..., pero entonces posiblemente no estaríamos aquí celebrando el Miércoles de Ceniza.

El evangelio nos muestra tres caminos: La oración, el ayuno y la limosna. Como todas las otras obras buenas que nos enseñó el Señor con su vida y con su ejemplo, están delante de nosotros para que las imitemos, en la medida de nuestras posibilidades. Como dirá Jesús en la parábola del sembrador se trata que demos buen fruto, ya sea ciento, sesenta o treinta.

La propuesta es que este Miércoles de Ceniza sea un punto de partida en el que podamos intensificar nuestra vida espiritual y para ellos las obras buenas y concretas nos ayudarán sin duda. ¿Por qué hacer el bien? Porque Dios es el sumo bien y cada vez que nos empeñamos en amar, en ayudar, en ser generosos, en tener misericordia estamos colocándonos, al final, más cerca de Dios.

No creemos que nuestras buenas obras nos vayan a procurar, como consecuencia directa, que Dios nos premie con la salvación. Nuestras *“buenas obras”* no pueden ser monedas de cambio alguno. No damos para que nos den. Tampoco somos ingenuos, sabemos que solo Dios puede dar y conceder la salvación. Somos llamados en este Miércoles de Ceniza a la conversión. A la vuelta a casa. Al regreso a la intimidad con Dios. A cuidar con mayor delicadeza en este tiempo nuestra vida espiritual. Y que esta vida espiritual tenga reflejo claro y práctico en nuestras obras. Esta invitación es ya, por sí sola, nuestro premio, nuestra recompensa. Somos llamados a vivir en profundidad nuestra fe.